

EDUCACION POPULAR ¿CONTINUIDAD EN EL CAMBIO?

Mario Garcés Durán*

QUE EL MUNDO HA CAMBIADO, que América Latina ha cambiado y que nuestros países han cambiado es ciertamente un lugar común hoy en nuestro análisis sobre la sociedad. Sin embargo, mal que nos pese resulta inevitable considerar este dato para referirnos a una práctica social específica como es el caso de la Educación Popular.

No es el caso de abundar sobre los ámbitos y la magnitud del cambio —globalización, crisis del socialismo, ajustes estructurales, etc.— sino más bien intentar precisar de qué modo algunos de estos cambios han influido en la Educación Popular, tal como entendimos ésta hasta hace algunos años: como un conjunto de prácticas sociales que enfatizan en la educación liberadora y participativa (concepción educativa) como una herramienta para la transformación social que se realizará bajo hegemonía popular (el proyecto político popular).

Como un modo simplemente de contribuir a un debate que en nuestros medios se ha debilitado en los últimos años, me parece que la Educación Popular ha sido interrogada por los cambios en un doble aspecto: sobre *sus aportes educativos* y sobre *su carácter de «popular»*.

Respecto de los *aportes educativos* por cuanto se ha hecho imprescindible responder a la pregunta por el lugar que ocupan las prácticas educativas en sociedades en procesos de transformación, y respecto de *lo popular* porque ciertamente los cambios y la crisis de los macro proyectos populares interrogan sobre los sentidos de una práctica social como la Educación Popular. Ambos aspectos, que he desagregado intencionalmente, en otro período se hallaban lo suficientemente articulados en el discurso que daba consistencia a la Educación Popular.

Para decirlo de manera sencilla y directa: educábamos para el cambio, con y en medio de los sujetos que harían posible la construcción de una sociedad nueva. Hoy día tendríamos probablemente que decir: seguimos educando para el cambio —el desarrollo local, la ciudadanía y la participación— con y en medio de los mismos sujetos. Sin embargo, es obvio que algo cambió y ello no es otra cosa que el alcance y el sentido de una educación que porfiadamente insiste en el cambio.

Se podría decir, desde otra perspectiva, que nos hemos vuelto más realistas —lo que parece un ejercicio sano cuando se lleva muchos años animando las esperanzas y los sueños—, pero más que realistas, probablemente hemos sido desafiados a una mayor «responsabilidad social», es decir, a hacernos cargo del alcance de nuestras iniciativas, lo que no implica —a mi juicio al menos— necesariamente renunciar a las esperanzas y los sueños.

En el caso chileno, al menos es evidente que la Educación Popular perdió fuerzas, recursos y también mística en la misma medida que se debilitan los movimientos sociales populares y avanzaba la idea —y la práctica— de una transición institucional a la democracia. Algo parecido ocurrió también en Argentina y Uruguay que antes que nosotros recuperaron la democracia.

Siguiendo con el caso chileno, sobre el que me siento más autorizado para pronunciarme, habría que agregar también que en la misma medida que se han venido consolidando la democracia —favorecida por una coyuntura económica de estabilidad y crecimiento— se ha asentado el modelo neoliberal haciendo más «tolerable» (o administrable desde el punto de vista político) la diferencia entre ricos y pobres.

¿Qué pasó en el intertanto con la Educación Popular?

1) Perdió fuerza proyectiva ya que entró a formar parte de un conjunto de actores y realidades que veían desdibujados sus proyectos de futuro en el sentido de «el proyecto popular». ¿Si no era el neoliberalismo

* Licenciado en Historia y candidato a Doctor en Historia, Universidad Católica de Chile. Investigador y subdirector de ECO (Educación y Comunicaciones), Santiago.

ni el socialismo estatista —que en el mismo período colapsaba— cuál era entonces el horizonte de sociedad al que buscaban contribuir sus prácticas?

En esta misma perspectiva, si las tendencias sociales y políticas dominantes en la sociedad apuntaban a encontrar formas de mayor integración social. ¿Cuáles eran los ámbitos en que la Educación Popular podía hacer más eficientes sus aportes? ¿La escuela, la formación de dirigentes sociales, la animación comunitaria?

2) Por otra parte, la Educación Popular se vio interpelada muy prontamente por las políticas sociales del Estado que, o decían sostener los mismos propósitos que la Educación Popular —en el sentido de la participación y el enfrentamiento de determinados problemas sociales—, o que eran realizados por educadores o funcionarios de ONG, que en el marco de la transición a la democracia comenzaron a ocupar cargos en el Estado. El punto es, para no abundar sobre este aspecto, que la Educación Popular debió comenzar a establecer relaciones de interlocución con el Estado.

Si éstos eran algunos de los problemas «macro» que la Educación Popular ha tenido que enfrentar en los últimos años, en el ámbito de su «base material» se producían paralelamente otros procesos no menos significativos. En primer lugar, la cooperación internacional disminuía crecientemente sus aportes —América Latina ya no es prioridad en las Agencias— y en segundo lugar, muchos de los viejos educadores —profesionales adscritos a ONG— emigraban hacia otros sitios de trabajo donde podían encontrar mayor estabilidad y, en algunos casos, menos ideologías y más «técnica social»

Sin embargo, a pesar de este conjunto de cambios, se puede sostener también que paralelamente se venían incubando y desarrollando prácticas y sentidos que mantienen la actualidad de la Educación Popular y que de algún modo dibujan su realidad actual.

En primer lugar, desde un punto de vista práctico, es evidente que por la fuerza de los hechos la Educación Popular tuvo que ganar en «especialización». Es decir, junto con enfatizar en los procesos relativos a la «conciencia popular» y la «generación de capacidades propias», los proyectos educativos se fueron precisando cada vez más a los ámbitos en que buscaban desarrollar sus aportes: la sobrevivencia, el género, la gestión y administración de recursos, la creación cultural, la capacitación laboral, la formación de dirigentes sociales, etc.

Este aspecto si bien no es tan nuevo —alguien podría decir que en realidad siempre fue así— tiene de todos modos exigencias nuevas ya que la especialización necesariamente pone el desafío de «decir y comunicar algo» desde lo particular, admitiendo sus límites, pero al mismo tiempo su capacidad para aportar e influir sobre otros (y también para cambiar la realidad). La Educación Popular desde esta perspectiva no puede consistir simplemente en apoyos que animen la vida social o materialicen la solidaridad, sino que necesita elaborar y comunicar las experiencias que realiza. El tema de «los sentidos» cobra aquí toda su fuerza y materialidad, es decir, se juega radicalmente de cara a la realidad concreta que cotidianamente se enfrenta más que a las propuestas macro políticas o macro ideológicas.

En segundo lugar, tanto entre los educadores de base, ONG como en los que emigraron al Estado se siguió reconociendo el «carácter participativo» de la Educación Popular como un signo distintivo de su identidad. Algunos educadores populares incluso que postulan hoy a programas estatales prefieren hablar de «educación participativa».

Este aspecto es relevante por cuanto permite hacer frente a una doble tendencia negativa de las políticas y de los proyectos sociales, provengan éstos desde el Estado o desde organismos o fundaciones privadas: el asistencialismo (que permite normalmente apagar «incendios» o paliar situaciones de riesgo) y el tecnocratismo social (que trabaja más en función de los profesionales o funcionarios que administran los proyectos que de la base social).

Enfatizar en el «carácter participativo» de la Educación Popular implica además mantener la bandera en alto del protagonismo de la sociedad, tan vapuleado en estos años de apología del mercado y del Estado liberal.

En tercer lugar, la participación en programas estatales si bien en algunos casos ha significado expandir aportes y alcanzar un mayor impacto para determinados proyectos, permanentemente pone en el tapete los límites que el Estado coloca a los sectores populares en relación a su autonomía. Ésta es y será sin dudas una tensión permanente de «los nuevos tiempos» de la Educación Popular y de los programas sociales.

En cuarto lugar, los más diversos programas y proyectos educativos que se desarrollan en el ámbito social popular permanentemente se topan con la necesidad de incidir sobre la escuela. Este es un tema, que sin lugar a dudas, trasciende la reflexión sobre la Educación Popular comprometiendo las políticas que los Estados hoy sostienen en relación a los sistemas nacionales de educación. Sin embargo, es también evidente que en la medida que la Educación Popular se abre a nuevas realidades y las elabora, tiene la necesidad de ampliar su campo de incidencia e impacto. La escuela como espacio de socialización y formación de la cultura se revela entonces como un lugar clave en el cual incidir.

En suma, la Educación Popular se ha venido readecuando a la nueva realidad, no sin grandes tensiones y renuncias, proceso en el cual, volviendo por el principio de este artículo, los aportes educativos requieren ser evaluados cada día más en tanto que tales, es decir, como capacidades y competencias así como producción y apropiación de conocimiento social. Estas tareas, por otra parte requieren ser situadas en las sociedades y realidades particulares y concretas en que nos movemos, lugares por lo demás privilegiados para la producción de sentidos.

En el fondo, por esta vía los educadores nos hemos tenido que plantear cada día con mayor rigor el problema del lugar que ocupa socialmente la educación en nuestros países. La Educación Popular en muchos aspectos ya es parte constitutiva de los procesos educativos que se desenvuelven en la sociedad, es decir, se ha ganado en legitimidad social porque la escuela requiere actualizarse, los dirigentes sociales formarse, los jóvenes capacitarse, las mujeres procesar sus nuevas identidades, los jóvenes articular sus proyectos de futuro, etc. Todos estos son procesos sociales relevantes que requieren de «Educación Popular».

No puedo escabullir finalmente la pregunta por si ésta es la misma Educación Popular de fines de los sesenta. Y no me queda más alternativa que responder: sí y no. Sí, en el sentido que sigue siendo una educación humanista y humanizante, orientada fundamentalmente al cambio, que se realiza en medio del pueblo y que busca contribuir a generar mejores condiciones para la vida en sociedad. No, en el sentido que estos propósitos ya no se validan porque comparten un mismo sentido político —el socialismo—, sino que más bien en la necesidad y la urgencia de contribuir a la producción de nuevos sentidos de humanización.